

MOBBING, SU CONTEXTO ORGANIZATIVO-IDEOLÓGICO

RAFAEL REDONDO

Profesor Titular de Psicología Social
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

ABSTRACT

Este trabajo tiene como objetivo presentar el fenómeno del acoso moral en la empresa dentro del contexto psicopatológico que, a juicio del autor, le corresponde; es decir: dentro del marco de las neurosis reactivas. Efectivamente, el conflicto psicosomático que padece el acosado se desencadena dentro de un contexto relacional enfermo, neurotizante; sea cual fuere la disposición previa de quien padece esa neurosis. De ahí que este trabajo enfatice largamente, y también críticamente, sobre la actual propensión —no exenta de ideología— de atribuir al sujeto neurotizado la neurosis que le provoca otro sujeto, el neurotizante.

Enpresako jazarpen morala, idazlearen iritziz dagokion testuinguru psikopatologikoaren barruan, hau da, erreakzio-neurosien testuinguruaren barruan aurkeztea da lan honek daukan helburua. Izan ere, jazarpena pairatzen duenak sufrituriko gatazka psikosomatikoa harremanen testuinguru gaixoan, neurotizatzailean, kokatzen baita, neurosi hori pairatzen duen alde zuzeneko disposizioa dena delarik ere. Hori horrela, lan honetan luze nabarmentzen da, bai eta kritika eginez ere, gaur egun subjektu neurotizatuari beste subjektu batek, neurotizatzaileak hain zuzen, eragiten dion neurosia egozteko dagoen joera —ideologiatik libre ez dagoena, bestalde.

■ *This work has the objective of presenting the phenomenon of moral harassment in business within the psychopathological context which, in the judgement of the author, corresponds to it; that is: within the framework of reactive neuroses. In fact, the psychosomatic conflict suffered by he who is harassed starts within an unhealthy, neuroticizing, relational context, whatever the prior disposition of the person who suffers that neurosis. For this reason, this work emphasizes at length, and also critically, the current tendency —not free of ideology— of attributing to the neuroticized subject the neurosis caused by another subject, the neuroticizer.*

Este trabajo tiene como objetivo presentar el fenómeno del acoso moral en la empresa dentro del contexto, psicopatológico que, a juicio del autor, le corresponde; es decir: dentro del marco de las neurosis reactivas. Efectivamente, el conflicto psicosomático que padece el acosado se desencadena dentro de un contexto relacional enfermo, neurotizante; sea cual fuere la disposición previa del quien padece esa neurosis. De ahí que este trabajo enfatice largamente, y también críticamente, sobre la actual propensión —no exenta de ideología— de atribuir al sujeto *neurotizado* la neurosis que le provoca otro sujeto, el *neurotizante*.

La era genética

Muchas, por no decir la mayoría, de las conductas humanas, son fiel reflejo de la sociedad en que se reproducen y también una proyección externa de un mundo de valores aprendido y asumido. La conducta de los científicos no se halla libre de esa servidumbre.

Desde un tiempo aquí, y, sobre todo, a partir del Congreso Mundial de Psiquiatría celebrado el año 2000, se viene insistiendo, con gran despliegue informativo, en la base genética de la mayoría de las enfermedades llamadas mentales. La revista norteamericana «Molecular Psychiatry», cuyo nombre ya augura por sí mismo cierta predeterminación, mantiene y refuerza, la conocida tesis de una —y no la más importante— de las escuelas tradicionales de la psiquiatría: la escuela organicista. Según dicha escuela o corriente científica, todo conflicto psíquico posee una génesis biológica, o, más concretamente, una base genética.

Por otra parte, y siguiendo en esa misma línea ideológica, expertos en Psicología de diferentes universidades de EEUU, pregonan que los sueños no deben interpretarse, sino analizarse matemáticamente, habiendo creado a tal fin un sofisticado programa informático donde se llega a afirmar que «el significado de los sueños depende de una aproximación cuantitativa». Por si filera poco, los expertos de la Universidad de Chicago, como los de la Universidad de California, en San Diego, han descrito el hallazgo de un gen involucrado en el autismo, un descubrimiento que se viene a sumar a otros estudios expandidos por la arriba mencionada revista, que concluyen que tanto la adicción a los opiáceos, incluida la adicción a la heroína, como los trastornos esquizofrénicos poseen, asimismo, una base biológica, genética.

A quien esto firma, le llama la atención esa colonización científica, ese interés monopolizador que se presta a una tendencia de la ciencia, que, aún poseyendo una indudable importancia histórica, no es, ni mucho menos, la única ni la más relevante en la actualidad, por más que el pensamiento oficial, —y hasta la misma Banca!—, estén interesados en subvencionar a esa corriente, presentándola como única referencia, olvidando y despreciando las modernas teorías holísticas, así como los factores ambientales, ecológicos y relacionales que intervienen como causantes de los conflictos psíquicos.

Lo cierto es que toda actividad científica, incluida aquella que se presenta como ciencia «objetiva», se halla motivada por una serie de valores. Efectivamente, lo que hago como científico, lo hago dentro de un «paradigma», es decir: dentro de un determinado campo filosófico, o incluso ideológico. Mis decisiones científicas se hallan, también, condicionadas por un modo de concebir a la persona, al universo y a la vida, que determina mi actividad y mis descubrimientos. La actitud de control y de dominio, así como el individualismo de la cultura liberal reinante, impregna parte de ese modelo de hacer ciencia. Un paradigma es un conjunto de conceptos y percepciones de la realidad referido a una determinada comunidad, que comparte los valores predominantes en un determinado modelo de sociedad.

Grupos de presión

Lo que está claro es que el modelo oficial de hacer ciencia psico-(pato)lógica, poco, o, más bien nada, tiene que ver con la extendida y predicada objetividad de tal modelo, pues, de hecho, para que, por ejemplo, un proyecto de investigación alcance la aprobación y el reconocimiento de los evaluadores de su publicación tiene que ser subvencionado, y para que sea subvencionado, uno ha de redactar las solicitudes de financiación en un lenguaje, que si es psicólogo o psiquiatra, tendrá que adaptarse al lenguaje y a la filosofía del paradigma dominante.

De otra manera, no hay dinero. Y si ese psicólogo o psiquiatra es, además universitario, no alcanzará su estabilidad profesional si no adecua su vocabulario y su pensamiento al modelo o paradigma del grupo de presión de la revista de turno, como la arriba citada, que es donde, ese psicólogo o psiquiatra, a través de su habilidad para entrar en un mundo cerrado, y frecuentemente mafioso, intentará publicar sus descubrimientos.

Si yo, por ejemplo, sostengo que el modelo biológico-genético es simplista y superficial, chocaría de lleno contra las multinacionales farmacológicas, interesadas en promover el «*paradigma genético*», que intentan explicar los conflictos psíquicos bajo el monopolio de las alteraciones orgánicas, y que precisamente son

las financiadoras principales de los congresos de Psiquiatría. A estas grandes empresas y laboratorios les interesa, como es lógico, más la práctica farmacológica de la mayoría de los psiquiatras, que la actividad psicoterapéutica de otros profesionales, principalmente psicólogos, quienes, por lo general, consideran a las alteraciones orgánicas más como consecuencia, que como causa, de los conflictos psíquicos. Los psicólogos curan, pero no interesan.

Todo está, o se desea que esté, controlado en un mundo donde cada cual, desde sus organizaciones, posee, o se desea que se posea, su función. Es la hora y la era del funcionalismo psicológico, la era de invertir en las exploraciones genéticas, la hora del genoma, la hora del descubrimiento y expansión de la tesis de que las locuras son fundamentalmente moleculares, la hora del sujeto reducido a la condición de individuo unidimensional. Solo soy eso, un compuesto molecular. La depresión, por ejemplo, «no es más que» una enfermedad biológica causada por un complejo desorden bioquímico cerebral. El modelo de investigación USA, es, en este sentido, determinante: no somos sino Física y Química. Así lo proclama la autoproclamada Psico(pato)logía Científica imperante en nuestros «norteamericanizados» departamentos universitarios.

Por todo ello, no infrecuente que muchos psicólogos industriales que hasta ahora afirmaron —y demostraron— que la mayoría de los conflictos laborales, como la tensión psíquica, el estrés y la depresión, poseían un «rango relacional», impulsados, ahora, por el *pensamiento único* de las líneas de investigación norteamericanas, lleguen a considerar de origen «genético» las tribulaciones relacionales que sufre, por ejemplo, un empleado de banca, presionado por las nuevas políticas de dispersión geográfica; o que entiendan como «hereditaria» la crisis de angustia de un profesor que, debido a las disposiciones oficiales, debe asumir la carga docente de un compañero en baja laboral prolongada; o que se llegue a interpretar como «de origen orgánico» la angustia padecida por un padre de familia numerosa ante una probable situación de paro causado por el reciente abaratamiento del despido. Y siguiendo el mismo proceso lógico, también podría considerarse «genética» la reacción de ese enfermo que conocí, sometido a la presión de atender sin descanso a todas las llamadas telefónicas de su departamento bancario, sin derecho a respirar los diez minutos del bocadillo, por resistirse a acatar las condiciones que el Director de Personal le había «sugerido» para prejubilarse.

Hay, por tanto, mucha gente poderosa interesada en afirmar que «todo conflicto psíquico es biológico» y que la víctima, y nadie más que ella, es culpable por ser víctima. Y no es preciso citar a Habermas para entender que una ciencia y un conocimiento «interesados» nunca serán ni objetivos ni imparciales. Tampoco generarán salud, sino más engaño y confusión. El problema, además, radica en que el sujeto que pasa por el despacho del psiquiatra siempre coincide que es el sujeto neurotizado, pero jamás aparece el sujeto neurotizante, que es quien goza de buena salud. Y de mejor posición económica y social que la víctima.

Tecnocracia de la salud

Y ya en el territorio de la práctica diaria, otra consecuencia del modelo organista, radica en que, al ser vista la neurosis como fundamentalmente genética, las personas que padecen de trastornos psicológicos, han empezado a experimentar que su médico de cabecera solo tiene tiempo para enviarles a otro médico. Las últimas encuestas en los centros de salud, revelan que se dedica un promedio de 16 minutos en atender a un enfermo depresivo, saldándose la visita con una receta de ansiolíticos, que en muchos casos, y debido a la premura de tiempo, no están bien orientados a la personalidad del paciente.

Es la hora del diagnóstico superficial, de la terapia rápida, de la cultura del pastillazo fulgurante. No es una casualidad que los psicólogos no tengan cabida dentro de ese marco de la medicina neoliberal, y en los centros de salud vayan amortizando progresivamente sus plazas. Ellos, insisto, no son «rentables»: no van contra-reloj, emplean más tiempo en las causas del conflicto, en la terapia personalizada y en la aplicación de diagnósticos proyectivos de gran calidad. Pero todo eso no interesa a la ideología genetista. A su parecer, no es rentable.

En el modelo neoliberal, donde no cabe más religión que la del éxito, los enfermos representan el fracaso; el fracaso de los que no responden al estímulo fáustico de la programación oficial. Con la instauración monopolista del modelo genético, se mantiene el poder establecido; al terapeuta le está vedado ser imaginativo, todo está previsto en los manuales, todos tenemos idéntica mecánica interna. Es la era del mecanicismo. De ahí que el enfermo no sea una persona, sino un «caso», un «problema», nunca un sujeto. Cada terapia dependerá del «cuadro» clasificatorio que presente cada «caso». Y el psicólogo aspirante a profesor universitario que salga de este «marco teórico» o se le ocurra escribir en revistas de cultura ajena a la anglosajona, está condenado al ostracismo. Aquí, ser original es sinónimo de raro. Lo que ya es todo un indicador de la creatividad de nuestras facultades.

Por todo ello, algunos pensamos que al actual modelo de atención a la salud mental, con sus enormes simplificaciones, con sus marcos de referencia unilaterales y reduccionistas, con sus entramados de poder, es un modelo enfermo y reproductor de enfermedad, fiel reflejo de la cultura competitiva neoliberal, a la que en el fondo sirve.

El fenómeno del *mobbing*

Desde la aparición de la obra de Hirigoyen «El acoso moral en la empresa» se designa con el anglicismo *mobbing* esa manera moderna de hacer sufrir lentamente, sin dejar rastro; esa técnica, elegante a veces, de persecución que, desde la globalización neoliberal, ha cobrado cotas de epidemia.

Sin embargo, este problema, inherente a la violencia intrínseca del capitalismo (si la palabra no gusta, el lector puede buscar cualquier sucedáneo que suene mejor, que hoy todo se consume rápidamente), es un problema secular. Efectivamente, cuando hace unos meses en una conferencia aludía yo al *mobbing*, y a su protagonista, el *acosador moral*, de en medio del público asistente, una mujer trabajadora levantó su voz declarando que eso de *acosador moral* no deja de ser una sutileza semántica para revestir de modernidad un fenómeno tan antiguo como la Primera Revolución Industrial, insistiendo en que ella prefería «llamarlo como siempre los trabajadores, y trabajadoras, hemos llamado al acosador: un hijo de la gran puta» (sic).

Dejando a un lado la apreciación conceptual de la trabajadora, señalan los estudiosos del *mobbing* cómo determinadas profesiones parecen especialmente propicias para su aparición y desarrollo. Siendo el aparato —y nunca mejor dicho— docente de las universidades uno de los señalados como lugar de especial riesgo. No es por casualidad que sea en la Universidad donde últimamente se haya registrado un movimiento investigador sobre el tema, en el que se denuncian precisamente a las mafias de los departamentos que practican esta modalidad de tortura psicológica, y ello, hasta tal punto, que ya se ha organizado un congreso específico para ese ámbito.

Perfil del acosador

Ordinariamente el perfil del acosador es el de un jefe de departamento de talante externo impecable, correcto y bienpensante. Sus buenas maneras, académicas y aparentemente democráticas, llevadas incluso al extremo de una cordialidad y refinamiento en los más mínimos detalles, suelen dar el «pego» a quienes no le sufren, ya que sus puños de acero enmascaran en sus afelpados guantes de seda la agresividad, cuando no la envidia, que ejerce contra el osado que pretenda autodefenderse ante su narcisista prepotencia. El acosador es un débil acomplejado, que enmascara su inferioridad mediante una imagen que le es ajena.

Por eso, el acosador es un artista en la mentira; el acosador es un genio en la difamación; el acosador universitario, suele rodearse de una mafia de colaboradores sumisos de escaso relieve humano y profesional, que jamás han escrito un artículo, publicada alguna investigación, y son adictos al plagio. Estos individuos, rodeados de impunidad, compensan sus acusadas limitaciones morales y comunicativas mediante una eficaz sumisión ante los dictados de quien les encarga el trabajo sucio, remunerándoles con una Titularidad, o incluso con una Cátedra.

Nadie les ha pedido las «notas» con que son valorados por sus alumnos, ajenos a tales nominaciones; y la ausencia de sanción o admonición ética por quie-

nes con su silencio cómplice miran a otro lado, afianza el clima de impunidad en que se desenvuelve el acosador, y la impotencia creciente de la víctima, que, sintiéndose culpable por ser víctima, hasta el ejercicio de su legítima defensa es vista desde la burocracia como una descarada insolencia.

Un ejemplo de acoso

Cierto departamento de Organización de Empresas, donde he ejercido la docencia durante los últimos quince años, cuyo grupo directivo, especialmente adicto al asedio psicológico, viene acosando al personal docente *no sumiso* (sic) mediante anónimos con sello departamental, por los que se les arrebatan los despachos, les suprimen la docencia, se confisca su derecho constitucional a la libertad de cátedra, imponiendo arbitrariamente un programa; se les despide mediante voto secreto, se les impone asignaturas ajenas a su currículum vitae para intentar que fracasen; se les priva del conocimiento de los presupuestos, se les discrimina negándoles la mínima dotación informática, incluido el acceso a la fotocopidora; se les pone serios obstáculos para la asistencia a las reuniones de Consejo de Departamento, de naturaleza abierta y pública, así como de convocarles a las celebraciones colectivas; se presiona a los alumnos para que determinados profesores no les dirijan sus tesis; se discrimina a una profesora dejándola de nominar de cara a una promoción; a otra le sobrecargan de docencia, y a un psicólogo, crítico con tal situación, le arrebatan su materia humanística, obligándole a impartir Legislación Laboral, Estadística y Economía, para que pida la cuenta. O, si se advierte que los escritos de un docente son molestos, le arrebatrán el ordenador. Y, ya que el acosador considera el despacho de un profesor menos una herramienta que un signo de «importancia social», partirá del presupuesto de que todo docente padece la misma obsesión por el prestigio que él mismo sufre, y arrinconará al objeto de sus envidias a un oscuro cuchitril. Y todo eso ocurre siempre con total impunidad, porque la impunidad forma parte esencial del metabolismo del *mobbing*.

Todo esto son hechos, que se desarrollan aún con total impunidad, son constatables y documentados; es decir, hechos científicos, no metáforas. A eso yo le llamo patología de la normalidad.

La versión social del acontecer neurótico

«Lo que nos contaron del marxismo ha resultado ser falso, pero ahí no acaban nuestras penas, porque lo que nos contaron del capitalismo está resultando ser verdadero» (del guión de la película «Los lunes al sol»).

La gente, por lo común, realiza trabajos que no ama; pasa su vida sometida a organizaciones enfermas, ajenas a la vida. Se da el caso de que personajes aparentemente felices, sufran en el fondo de su ser un hastío radical a causa de eso que consideran «la realidad de la vida», llamando vida a un sucedáneo de ella. Sufrimos porque nos hemos identificado con un papel social que nos cuesta reconocer como ingrato, y, habiendo invertido nuestra energía vital en una función social «prestigiada», descubrimos con decepción que es precisamente tal función la que nos hace infelices.

La neurosis, en su versión social, es el signo de que hemos otorgado a alguien el intransferible don de nuestra libertad, que alguien se ha arrogado —a veces, con nuestro permiso— un poder antinatural sobre nosotros, ante el que la naturaleza, siempre sabia, suele rebelarse, avisándonos de nuestro camino equivocado. Esa expresión del ser, que llamamos neurosis, tiene, insistimos en ello, un rango menos hereditario que relacional. Por lo común, vivimos —si es que a eso puede llamársele vida— dentro de organizaciones enfermas, consideradas como «normales» por quienes, bien por interés, bien por miedo, o bien por ambas cosas, se identifican con ellas, las obedecen y hasta las justifican.

Si es cierto que toda acción comunicativa es una relación sujeto-objeto, es preciso advertir que al despacho del psicólogo va por lo común el «objeto» neurotizado, pero casi nunca el objeto neurotizante, siendo por eso que algunos pensamos que la neurosis, curiosamente, posee un rasgo positivo, en la medida en que nos alerta de *que algo quiere crecer en nosotros*, y que el despliegue de «ese algo», es sistemáticamente sofocado, desde filera por el acosador de turno al que bajo falsas razones nos hemos sometido. Y eso pasa factura. Podré autoengañarme con las ideas falsas, pero lo sorprendente es que mi inconsciente siempre reacciona ante el fraude.

Así que, curiosamente, el sufrimiento neurótico puede servirnos de despertador. En tal sentido, la comunidad médica va aceptando —y ya era hora— que la depresión puede atribuirse a un proceso natural de reorientación. Pero para el poder establecido —¿existe acaso algún poder no establecido?—, incluido en él tanto el establishment de la psiquiatría, como los gurús de la Seguridad e Higiene, eso que se llama «normalidad» todavía se corresponde con la simple adaptación a la conducta social establecida —la del establo—, sin tan siquiera pararse a dudar sobre si esa sociedad, la que exige nuestra ciega sumisión, ella misma no esté enferma de la enajenante dormidera que antes se llamaba alienación y ahora Pensamiento Único.

Erich Fromm, el más despierto psicólogo social de la Historia de la Psicología, señala cómo la Historia, maestra de la vida, muestra cómo una poderosa minoría, ha sometido a las mayorías, no sólo por la fuerza, sino mediante la sutil violencia de inocular toda clase de ficciones en las cabezas de los sometidos, de tal modo que estos, «*deseen, al fin, hacer lo que tienen que hacer*». Los monopolios de los medios

de comunicación tienen mucho que ver en esta progresiva tontera colectiva. Y, lo que es significativo, es que la psiquiatría convencional, obsesionada en el materialismo organicista o genético, se resista a ver este rango relacional de las neurosis.

Esa pseudo-vida, que llamamos vida laboral, es todo un muestrario de las identificaciones ficticias con que revestimos nuestro personaje social. Y el fenómeno del *mobbing* o acoso laboral, revela de qué manera los acosadores —unos narcisistas utilizados por el poder— acosan a su víctima infundiéndole falsas identificaciones.

Sugerencias profilácticas

Para atajar este mal, invito a los acosados a que tomen conciencia de que es básica la progresiva publicidad sobre su acoso, pero sobre todo, la renovación de los nuevos textos y programas sobre Seguridad e Higiene, sin olvidamos del apoyo básico del grupo, es decir, la solidaridad, tan temida por la violencia institucionalizada de quienes, amparados en la ley del silencio cómplice, desean convertir en coto privado el bien público que es la Universidad.

Aconsejo a las víctimas del *mobbing*. Un modo maduro de enfrentarse a la neurosis del *mobbing*, consiste, además de ejercer la publicidad sobre los acosadores, ampliar aquella a las jerarquías que les protegen. Pero también sugiero el ejercicio de des-identificarnos con el poder que genera tal acoso. Es bueno, por ejemplo, tener la valentía de rechazar los favores y prebendas que a largo plazo pasan factura. La libertad es el precio de ser humano. Además, todo acosador, si lo es, es porque previamente ha sido un torpe obediente a esas jerarquías que a él mismo le acosaron. Tal es el modo en que aparece en las organizaciones eso que el poeta León Felipe llamó «el imparable ascenso de la estupidez». Mas la persona sana sabe bien que adaptarse a un medio hostil, no equivale a integrarse en él, y debe reclamar para sí la arrogancia —legítima arrogancia— de saberse libre. Una libertad que le acarreará envidias, pero también la autonomía donde —me consta— no alcanza el hacha de la envidia sustancial del acosador.

Con frecuencia, las causas de que el *mobbing* asfixie a un funcionario, no sólo es atribuible a la envidia y agresividad del narcisista de turno, sino al poder que a semejante narcisista yo le dejo ejercer sobre mí, al *identificarme* no sólo con mi función de funcionario, sino dejándome atribular por las maledicencias con que pretende desfigurar mi imagen personal. Quien ha instalado la fuerza de su ser en la esencia de su propio sujeto nuclear, es una persona autónoma, que resiste las desfiguraciones que los maestros de la mentira puedan hacer de su predicado. Y eso requiere una madurez difícil de comprender para una sociedad superficial esclavizada por la de la autoimagen. Pero es una madurez que será preciso «tra-

bajarse» cotidianamente en y sobre uno mismo. Sin un cambio de conciencia es imposible un cambio hacia la salud.

El arte de vivir pone el acento no en el predicado sino en el sujeto. Y porque «soy más —bastante más— que mi función», la conciencia de una sana independencia, es la base del legítimo brillo personal, que si de verdad es personal, será siempre un brillo propio, y no alquilado. Porque quien se des-identifica de las categorías establecidas por una neurótica organización jerarquizada, utilizará las herramientas que le dan, sean, ordenadores, fotocopiadoras, impresoras u otro medios, sin considerarlas más que lo que son: simples herramientas para servir al mundo, que nada añaden a la propia esencia de sujeto. Visión que no alcanza esa gran mayoría instalada en eso que Jung llamó «personalidad careta». Si la envidia que corroe al acosador, amparado por la jerarquía que le protege, priva a alguien de una herramienta laboral necesaria para herirle en un pretendido prestigio, se denunciará, sin más; pero, cuidándose de no hacer un drama personal por ello, pues para vivir no es preciso más herramienta que la propia creatividad, ni más objetivo que el sentirse vivo, ni más categoría personal que el desarrollarse como persona completa. Quien así vive, vive mejor, no es esclavo ni envidioso. Y, lo que es muy importante, se enfrenta, da la cara y pelea con la soltura y la eficacia propias de las personas libres.

Bibliografía básica resumida (en castellano)

- GONZÁLEZ DE RIVERA, J.L.: *El maltrato psicológico*. Espasa. Madrid, 2002.
- IRIGOYEN, M.F.: *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Piados. Barcelona, 1999.
- LÓPEZ GARCÍA SILVA, J.A.: «Mobbing en puestos de trabajo administrativo». *Medicina del* 1997, 6, pags. 41-47.
- LÓPEZ GARCÍA SILVA, J.A.: «Violencia física y psicológica en la administración pública», *Medicina y Seguridad del Trabajo*. 1998, 45. Pags. 31-47.
- PIÑUEL, I.: *Mobbing*. Sal Terrae. Santander, 2001.
- REDONDO, R.: *Callejón con salida*. Bilbao, Descleé de Brouwer, 1995.
- REDONDO, R.: *Acoso moral en la Universidad*. «EL CORREO». Bilbao, 10-3-2002.